

AVEMARÍA Y SU HISTORIA



Ave María

Dios te salve María
llena eres de gracia
el Señor es contigo;
bendita tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora
de nuestra muerte. Amén

¿REZAS EL AVE MARÍA?

El Avemaría es seguramente una de las primeras oraciones que aprendimos cuando éramos niños. Es una oración sencilla, un diálogo muy sincero nacido del corazón, un saludo cariñoso a nuestra Madre del Cielo.

Recoge las mismas palabras del saludo del ángel en la [Anunciación](#) (Lucas 1, 28) y del [saludo de Isabel](#) (Lucas 1, 42), y después añade nuestra petición de intercesión confiada a su corazón amantísimo. En el siglo XVI se añadió la frase final: “ahora y en la hora de nuestra muerte”. Todo ello forma una

riquísima oración llena de significado.

El Avemaría es una **oración vocal**, es decir, que se hace repitiendo palabras, recitando fórmulas, pero no por esto es menos intensa, menos personal.

Podemos decir que el Avemaría y el Rosario son las dos grandes expresiones de la devoción cristiana a la Santísima Virgen. Pero **la devoción no se queda sólo ahí**.

En el Avemaría, descubrimos dos actitudes de la oración de la Iglesia centradas en la persona de Cristo y apoyadas en la singular cooperación de María a la acción del Espíritu Santo (Cf Catecismo de la Iglesia Católica 2675).

La primera actitud es la de unirse al agradecimiento de la Santísima Virgen por los beneficios recibidos de Dios (“llena eres de gracia”, “el Señor es contigo”, “bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”) y la segunda es el confiar a María Santísima nuestra oración uniéndola a la suya (“ruega por nosotros, pecadores”).

Para explicar esta oración es muy útil seguir los números 2676 y 2677 del Catecismo de la Iglesia Católica.

1. En la primera parte de la oración se recoge el saludo del ángel, del enviado del Señor. Es una alabanza en la que usamos las mismas palabras del embajador de Dios. Es Dios mismo quien, por mediación de su ángel, saluda a María. Nuestra oración se atreve a recoger el saludo a María con la mirada que Dios ha puesto sobre su humilde esclava y a alegrarnos con el gozo que Dios encuentra en ella.

"Llena eres de gracia, el Señor es contigo":

Las dos palabras del saludo del ángel se aclaran mutuamente. María es la llena de gracia porque el Señor está con ella. La gracia de la que está colmada es la presencia de Aquél que es la fuente de toda gracia.

María, en quien va a habitar el Señor, es en persona la hija de Sión, el Arca de la Alianza, el lugar donde reside la Gloria del Señor: ella es "la morada de Dios entre los hombres" (Apocalipsis 21, 3). "Llena de gracia", se ha dado toda al que viene a habitar en ella y al

que ella entregará al mundo.

2. A continuación, en el Avemaría se añade el saludo de Santa Isabel: "Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". Isabel dice estas palabras llena del Espíritu Santo (Cf Lucas 1, 41), y así se convierte en la primera persona dentro de la larga serie de las generaciones que llaman y llamarán bienaventurada a María (Cf Lucas 1, 48): "Bienaventurada la que ha creído..." (Lucas 1, 45); María es "bendita entre todas las mujeres" porque ha creído en el cumplimiento de la palabra del Señor.

Abraham, por su fe, se convirtió en bendición para todas las "naciones de la tierra" (Génesis 12, 3). Por su fe, María vino a ser la madre de los creyentes, gracias a la cual todas las naciones de la tierra reciben a Aquél que es la bendición misma de Dios: "Jesús el fruto bendito de tu vientre".

El Papa Juan Pablo II nos explica muy bien el contenido de este saludo de Isabel a su prima en el número 12 de la Carta Encíclica *Redemptoris Mater*:

3. Después, el Avemaría continúa con nuestra

petición: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros..." Con Isabel, nos maravillamos y decimos: "¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?" (Lucas 1 ,43).

María nos entrega a Jesús, su Hijo, que muere por nosotros y por nuestra salvación en la cruz y, desde esa misma cruz, Jesucristo nos da a María como Madre nuestra (Cf Juan 19, 26-28); María es madre de Dios y madre nuestra, y por eso podemos confiarle todos nuestros cuidados y nuestras peticiones, porque sabemos que Dios no le va a negar nada (Cf Juan 2, 3-5) y al mismo tiempo confiamos en que tampoco nos lo va a negar a nosotros si es para nuestro bien.

María Santísima reza por nosotros como ella oró por sí misma: "Hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1,38). Confiándonos a su oración, nos abandonamos con ella en la voluntad de Dios: "Haced lo que Él os diga" (Cf Juan 2, 5).

"Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte". Pidiendo a María que ruegue por nosotros, nos reconocemos pecadores y nos dirigimos a la "Madre de la Misericordia", a la Toda Santa.

Nos ponemos en sus manos "ahora", en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, "la hora de nuestra muerte". Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte de su Hijo al pie de la cruz y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso, a nuestra felicidad eterna en el pleno y eterno amor de Dios.

Te invito a que conozcas la historia de esta oración tan sencilla y agradable a Jesús mediante su Madre. Es curioso que sepas la historia de 1500 años hasta llegar a rezarla tal y como lo haces hoy.

Con afecto, Felipe Santos, SDB

Málaga 2 -marzo-2008

Comparada con la historia del Padrenuestro», la del «Dios te salve, María » es mucho más compleja. Para el Padrenuestro, no hay problema, aunque los Evangelios de Lucas y Mateo nos dan dos expresiones un poco diferentes, reflejos probables de las diversas maneras de las que las comunidades cristianas primitivas la han recitado.

La historia del *Ave María* dura alrededor de 15 siglos, y no podemos seguirla paso a paso pues la conocemos mal. Pero tenemos bastantes puntos de reflexión para hacernos una idea exacta, aunque siga incompleta.

Nos hace falta ante todo distinguir netamente las dos partes de la oración:

la primera bajo forma de alabanza y la segunda bajo forma de súplica. La primera ha existido desde hace mucho tiempo sola. Hablaremos de ella en primer lugar.

La primera parte del *Ave María*: su génesis u origen

A primera vista, se compone de dos pequeños extractos del Evangelio de Lucas: el saludo del ángel (1, 28) y la respuesta de Isabel a María (1, 42). Los solos nombres de María y Jesús se han añadido. Al mirarlos más de cerca, las referencias parecen más complejas.

Bendita tú eres entre todas las mujeres : ¿quién habla?

Estas palabras, ¿se ponen en boca de Isabel o en las del ángel, o en una y otro?

La mayoría de las ediciones actuales del Evangelio las atribuyen a Isabel. Pero la edición del Nuevo Testamento del P. Merk las introduce en Lucas 1,28 y la pone entre paréntesis. En su comentario de san Lucas, el P. Lagrange escribía que la atribución a Gabriel tenía “excelentes autoridades”, pero son sospechosas de sintonizar con el versículo 42.

¿Cuáles son estas autoridades que ponen la bendición en la boca del ángel? Desde la mitad del siglo IIº, el *Protoevangelio de Santiago*, el *Diatesaron* de Taciano. A la vuelta del siglo IIº y IIIº, Tertuliano en *El Velo de*

la Virgen, y después, en el siglo IV^o , Eusebio de Cesarea. En el siglo IV^o, al comentar a Taciano, Efrén el Sirio subraya la doble bendición del ángel e Isabel « E Isabel conformó esta palabra, diciendo una vez más:: Eres bendita entre las mujeres » San Ambrosio también conoce la atribución al ángel. Esta versión se encuentra también en el *Codex Ephraemi* del siglo V^o, en el *Codex Bezae* de los siglos V^o–VI^o, así como en el *Syriaco* y la *Vulgata*. Se la encuentra más tarde en la liturgia en uso en Santa María Antigua de Roma (en 650), así como en la liturgia bizantina.

¿ Qué concluir? Es cierto que, incluso si esta versión no es original,, es «muy antigua ». Se ha subrayado que «este

mecanismo de memoria traduce la antigüedad más grande del acercamiento de versículos evangélicos para la construcción de una fórmula de oración ».

El nombre de María: usos variables

En el saludo del ángel, el nombre de María no se menciona. Es « plena de gracia » que es el nombre de María en los labios de Dios.

Es muy difícil captar hasta qué punto de la historia se ha introducido. Es probable que, desde el instante en que

se emplea el saludo del ángel como oración, se le ha añadido a María.

El primer testimonio parece ser el *graffito* « Salve, María», escrito en griego en una pared junto a la gruta de la Anunciación en Nazaret y que data de los siglos III^o–IV^o . El nombre de María se encuentra en dos *ostraca* egipcios de los siglos VI^o-VII^o, en Ildefonso de Toledo en el siglo VII^o y en Pedro Damían en el siglo IX^o. Juan Damasceno, en el siglo VIII^o, predica ampliamente sobre la Anunciación repitiendo sin cesas: « Salve, llena de gracia», pero sin jamás añadir

« María».Igualmente, el Himno acatista (=para cantar sin sentarse), tan importante en la liturgia bizantina a partir del siglo VII^o al menos, que canta

más de 150 veces « Salve », seguido de un título mariano- una verdadera letanía —, nunca dice: « Salve, María », ni por lo demás: « Salve, plena de gracia», aunque toda la oración es un desarrollo del saludo de Gabriel. El nombre de María aparece una sola vez en la antífona de introducción.

El uso de la liturgia precoz

Es en la liturgia que se descubre en las primeras fórmulas anunciadoras de la primera parte del *Ave Maria*.

En Oriente, la Liturgia de san Santiago de los siglos IV^o-V^o canta « Salve, plena de gracia, el Señor está contigo,

tú eres bendita entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno, pues has engendrado al Salvador de nuestras almas» (el mismo texto en la liturgia de san Marcos).

Las dos *ostraca* egipcios son los humildes testigos de lo que debía entenderse en las liturgias. Uno de ellos comienza por «Salve, plena de gracia, el Señor está contigo » y lleva, en las últimas líneas, « Salve, María». El segundo comienza por « Salve, María, plena de gracia » y lleva en el anverso « Salve, plena de gracia, María; el Señor está contigo;

Tú eres bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu seno, pues has concebido a Cristo, el Hijo de Dios, el redentor de nuestras almas ».

La fiesta bizantina de la Anunciación (en los siglos VI^o-VII^o), « que nos hace entrar sin duda más adelante en la gran mariología bizantina » (L. Bouyer⁹), contiene varios textos que expresan la fe de la Iglesia en el papel de María:

« Salve, toda bendita y llena de gracia de Dios. Bendito sea al fruto divino e inmortal de tus entrañas, el que nos concede al mundo entero su gran piedad. »

« Salve, llena de gracia, el Señor está contigo; darás a luz un Hijo que procede del Padre antes de todos los siglos y salvará a su pueblo de sus ofensas. »

« Salve, toda llena de gracia, el Señor está contigo; salve, Virgen pura; salve, esposa no desposada; salve, Madre de vida; bendito es el fruto de tus entrañas »

En el siglo VIII^o, Juan Damasceno tiene la fórmula litúrgica: « Salve, plena de gracia, el Señor está contigo. Tú eres bendita entre las mujeres y bendito el fruto de tus entrañas ». Sólo faltan los nombres de María y Jesús.

En Occidente, la primera parte del *Ave María* se introduce en la liturgia latina en los siglos VI^o–VII^o, por el Papa san Gregorio Magno, o por algún otro personaje menos célebre. Se encuentra en efecto en el canto de ofertorio del VI^o domingo de Adviento: *Ave Maria, gratia plena: Dominus*

tecum : benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui. Puede tratarse de un reemplazo de la antífona de ofertorio del miércoles de la Téporas de invierno, el día en que se leía el Evangelio de la Anunciación (las Misas de Téporas están entre las más antiguas de la liturgia romana). Cualquiera que sea el origen, conviene destacar que esta antífona nunca se terminó por « Jesús ».

La primera parte del *Ave Maria* se hace una oración normal en el Edad Media.

A pesar de su introducción precoz en la liturgia, el *Ave Maria* tarda tiempo en popularizarse. Ciertamente, en el siglo

VIº, Ildefonso, obispo de Toledo (España), recita varias veces el *Ave Maria* con motivo de una visión, arrodillándose. Pero se trata de un testimonio excepcional. De hecho, hay que esperar al siglo XIº para asegurarse con el testimonio de san Pedro Damián († 1072), que el *Ave Maria* es una oración popular. Trae las palabras de un clérigo que la recitaba cada día el *Ave Maria* hasta *benedicta tu in mulieribus*.

En el siglo XIIº, que conoce un gran esplendor de piedad mariana, Amadeo de Lausana, abad de la abadía cisterciense de Hautecombe († hacia

1159), es, parece. El primero en añadir el nombre de « Jesús ». Esta adición se debe quizá a la intención de introducir la doxología final de la homilía que acaba así: « Salve, plena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu seno, Jesucristo, que está por encima de todas las cosas, el Dios bendito por los siglos de los siglos » En la misma época, un ermitaño de Hainaut, san Alberto, decía el *Ave Maria* diciéndola 100 veces al día con genuflexiones.

Fue en París donde el Saludo angélico se prescribe por primera vez: en 1198, el obispo exhorta a la recitación del *Ave Maria* con el *Pater* y el *Credo*. Hacia 1210, los estatutos sinodales de

París — que preparan las decisiones del gran concilio de Letrán IV^o de 1215 — invitan a todos los cristianos a aprender a recitar el *Ave Maria*.

En adelante, a partir del siglo XII, los puntos de reflexión se repiten. Hacia 1230, el capítulo general de los Cartujos pide a los orantes que enseñen a los novicios conversos el *Ave Maria*, además del *Pater* y del *Credo*. En 1261, un cartujo de la diócesis de Nevers « había resuelto en el fondo de su corazón ofrecer a la Virgen, el día y la noche,

Cien veces el *Ave* angélica seguido de la felicidad del fruto de su seno. » Fue en un breviario de los Cartujos de la primera mitad del siglo XIV donde está

la primera aparición de la recitación del *Ave Maria* antes de las Horas.

Un compañero de santo Domingo murió teniendo en la mano un cordelito de nudos que le servía para contar sus *Ave*. Recitaba millares al día. En 1266, el capítulo general de los Dominicos pide a los hermanos que digan cada día el *Ave Maria* en número igual al del Pater en su oficio. Santo Tomás de Aquino († 1274) compone un corto comentario del *Ave Maria* hasta el *benedictus fructus ventris tui*. No es pues extraño que, desde 1277, los beguinos de Gand, dirigidos por los

Dominicos, reciten cada día 50 Ave María. Santa Mechtilde de Magdebourg († 1280), profundamente unida al Orden de los Dominicos, recite cada

día tres *Ave Maria* en honor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En el mismo tiempo, entre 1200 y 1250, en los países del Norte de Europa, algunas campanas llevaban inscripciones como ésta: « Me ha hecho el maestro Santiago. Me la ha dado...por el alma de su querida esposa... Que Dios bendiga al que me ha erigido. Te saludo, María, llena de gracia, el Señor está contigo. Bendita eres entre todas las mujeres.

El testimonio de santa Gertrudis de Helfta (1256–1302/3) es particularmente interesante, pues se ve cómo la devoción a la Virgen María

prepara le uso del Rosario e incluya ya la súplica de la segunda parte del *Ave Maria*.

En la fiesta de la Anunciación, en el curso de la recitación del invitatorio *Ave Maria*, « Gertrudis vio tres arroyuelos impetuosos brotar de su fuente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y correr en el corazón de la Virgen María para subir con la misma rapidez a su fuente divina (...) Por cada *Ave Maria* recitada devotamente por los fieles, estos tres arroyuelos venían a cercar por todas partes a la Virgen María, atravesar su corazón santísimo y remontar hacia su fuente primera produciendo efectos admirables (...) Los fieles, al repetir este saludo, sienten renovarse en ellos todo el bien

que les ha venido por el misterio de la Encarnación ». Gertrudis aprende de María a recitar cada día de la octava de la Anunciación 45 *Ave Maria*, « en memoria de los días que el Señor empezó a crecer en su seno. »

Ya, al recitar esta primera parte del *Ave Maria*, Gertrudis comprende que hay que orar por los que sufren, por la perseverancia de los penitentes, por el perdón de los pecadores. En cada *Ave Maria*, era preciso añadir estas palabras, sacadas de la carta a los Hebreos (1, 3) : « Jesús esplendor de la claridad del Padre y figura de su sustancia ».

En la fiesta de la Asunción, Gertrudis, enferma, «no podía a pesar de su deseo recitar tantas *Ave Maria* como

hizo la Virgen durante su vida en la tierra » Por la Natividad d María, recita tantas *Ave Maria* como en los días de la presencia de María en el seno de su Madre. En Completas, «ofreció a la Virgen María 150 *Ave Maria* (...) pidiéndole que se dignara asistirle en la hora de su muerte con toda su ternura materna. » Por una joven difunta, todas las hermanas recitan el Salterio añadiendo después de cada salmo un *Ave Maria*.

La recitación de la primera parte del *Ave Maria* se generalizó en Occidente a partir del siglo XI^o. En el siglo XIV^o, varios sínodos de los países nórdicos

toman la misma medida que el sínodo parisino de 1210. No se trata quizá de apremiar a los recalcitrantes; se trata más seguramente de confirmar una práctica muy arraigada. Existía la costumbre de escuchar a los predicadores recitarla antes del sermón, se la grababa en las piedras y en las campanas de las iglesias, sobre todo la destinada a sonar el toque de ánimas, particularmente en los países nórdicos.

Salvo excepción (se ha visto la de Amadeo de Lausana), oración se detiene en *ventris tui*. Se omite el nombre de Jesús. Según antiguos documentos, fue el Papa Urbano IV (1261–1264) quien concedió una indulgencia por la añadidura del

nombre de Jesucristo. Después esta cláusula se extendió bastante rápido al final de los siglos XIV y XV.

La segunda parte del *Ave Maria*: el grito de la súplica

Dom Capella escribe:
« Incoerciblemente, hacia la todopoderosa súplica, el pueblo cristiano lanza su grito cuando se dirige a María. No supo contentarse con alabarla. Fue él quien hizo del *Ave Maria* la llamada de los pecadores. »

Desde el siglo III, el *Sub tuum*, descubierto en griego en un papiro, es una oración de súplica a María, Madre de Dios.

En el siglo IV, san Agustín termina un sermón rogando a María por las diferentes categorías de cristianos.

En la liturgia bizantina de la Anunciación, la alabanza y la súplica se mezclan: « Salve, llena de gracia. Es de ti de donde nos viene la salvación, Cristo nuestro Dios que, habiendo asumido nuestra naturaleza, la ha elevado a la altura de la suya. Rodadle que salve nuestras almas. »
En el siglo VIII, san Andrés de Creta habla de María « por la cual, los pecadores recibimos el favor de la divinidad. »

En la *Divina Comedia*, Dante († 1321) escribe: « ...y el fruto de vuestras entrañas al que rezo que nos guarde de todo mal, Jesucristo (...)

Rogad a Dios por nosotros para que nos perdone y nos conceda la gracia de vivir de tal manera aquí abajo que nos conceda el paraíso en nuestra muerte.» Un poco más tarde, un breviario cartujo de 1350 dice: *Sancta Maria, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis, Amen* y, en el siglo siguiente, san Bernardino de Siena, en un sermón sobre la Pasión, es el testigo de la fórmula: “ Santa María, ruega por nosotros pecadores. »

Hacia el fin del siglo XIV, se recita el *Ave Maria* en su versión larga, al menos en algunas regiones de Europa. Son los breviarios del siglo XVI (el de los Trinitarios de 1514, de los Franciscanos de 1525, de los Cartujos de 1562) los que dan la fórmula

completa todavía en uso hoy. Se introduce en el breviario romano revisado. Editado por el Papa Pío V en 1568.

Entre el saludo del ángel Gabriel y la consagración oficial del *Ave Maria*, hay pues una larga historia de más de 1500 años. Es el lento desarrollo de la oración mariana que expresamos cuando, a lo largo de la vida, desgranamos nuestros « Dios te salve María». Una palabra de san Gregorio de Misa (siglo IV) puede servir de conclusión. En una homilía de Navidad, define el saludo del ángel como « las palabras de la mistagogía», es decir, de la iniciación en el misterio de Dios. Es decir, la oración del *Ave Maria* no es simplemente un acto de piedad sino

Un acto de fe en el misterio de Dios con los hombres, inaugurado en el día de la Anunciación.